



J. SAND

FRANCISCO

EL

EXPOSITO

N
PQ2402

F78



1020026796

FRANCISCO

EL EXPOSITO

Núm. Clas. 5 2138^N
Núm. Autor 30736
Núm. Adq. 8-
Procedencia 8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 67
Catalogó _____



AURORA DUDEVANT (JORGE SAND)

BIBLIOTECA UNIVERSAL

FRANCISCO

EL EXPÓSITO

NOVELA DE COSTUMBRES ESCRITA POR JORGE SAND

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT



BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES 85911

CALLE DE ARAGÓN, NÚM. 255 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
1912 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

30736

843

S.

PQ 2402

F78

FRANCISCO

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Nihil obstat. — *El censor*, RDO. P. IGNACIO CASANOVAS, S. J. — Barcelona, 9 de febrero de 1912. *Imprimase*. JUAN J., *obispo de Barcelona*. — Por mandado de S. E. I. el Obispo, mi Señor, DR. FRANCISCO MUÑOZ, *Arcipreste*, *Secretario*.

PROEMIO DE LOS EDITORES

Bajo el seudónimo de Jorge Sand se ocultó, como es sabido, la escritora francesa Aurora Dupin de Dudevant, de quien vamos á dar una corta noticia biográfica.

Nacida en París el 5 de julio de 1804, criada en el castillo de Nohant por su abuela paterna, que conservaba las ideas del siglo de Rousseau, Aurora Dupin mostró desde la infancia una singular tendencia á salir de la vida real por la imaginación. Siendo aún muy niña, inventaba ya historias extraordinarias, y ocupó su primera juventud en la composición de una gran novela que nunca llegó á escribir, pero cuyo protagonista, Corambé, era el confidente de sus sueños ideales.

Los cuentos que le refería su abuela en las veladas del castillo, exaltaban su imaginación, y aprendía con placer la historia como materia de poéticos desarrollos y de entusiásticos juicios.

Viviendo en el campo, adoraba la poesía de las escenas campestres, que había de pintar más tarde, con singular maestría, en las mejores de sus obras.

Después de nueve años de matrimonio con M. Dudevant, hijo de un antiguo oficial, barón del Imperio, obtuvo, en 1831, la venia de su marido para ir á vivir en París con su hija y dedicarse á la literatura como medio de subsistencia

Keratry, á quien fué presentada para pedirle con-

sejo, le declaró que ninguna mujer debe escribir. Balzac no hizo gran caso de sus proyectos literarios. Su compatriota Delatouche la admitió de colaboradora en el «Figaro.» Pero, poco apta para semejante trabajo, perdía el tiempo en él sin ganar nada.

Entonces compuso con Julio Sandeau su primera novela, «Rosa y Blanca», que Delatouche publicó bajo el seudónimo de Julio Sand.

«Indiana», que también debían escribir juntos, lo fué enteramente por ella, y salió á luz en 1832. El mismo Delatouche, para conservar en parte el seudónimo bajo el cual se había publicado con éxito la primera novela, fabricó á la autora el de Jorge Sand que ésta conservó en todas sus obras.

Estas, dejando á un lado su indiscutible mérito literario, merecen frecuentemente todo linaje de reservas y aun de censuras. Muy diverso juicio y aprecio merece la que hoy publicamos en nuestra BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA. En ella saborearán nuestros lectores las más puras impresiones estéticas, al par que los sentimientos morales y religiosos más vivos y confortantes. Para asegurarles enteramente, calmando todo recelo que podría inspirar el nombre de Jorge Sand, hemos hecho revisar este libro por la competente autoridad eclesiástica, y con su aprobación lo damos al público, seguros de hacer obra de verdadera edificación.

NOTICIA

Francisco el Expósito se publicó por primera vez en el folletín del *Journal des Débats*. En el momento en que la novela llegaba á su desenlace, otro desenlace más serio encontró su puesto en la primera plana de dicho periódico. Era la catástrofe final de la monarquía de Julio, á últimos de febrero de 1848.

Este desenlace, naturalmente, perjudicó mucho al mio, cuya publicación, interrumpida y retrasada, no se completó, si mal no recuerdo, hasta el cabo de un mes.

Para aquellos lectores que, siendo artistas de profesión ó de instinto, se interesan en los procedi-

mientos de fabricación de las obras de arte, añadiré á mi prefacio que, pocos días antes de la conversación de que este prefacio es el resumen, pasaba yo por el camino de las *Napes*.

La palabra *nape*, que en el lenguaje figurado del país designa la bella planta llamada *nenúfar*, *ninfea*, describe muy bien esas anchas hojas que se extienden en la superficie del agua como manteles (1) sobre una mesa; pero más bien creo que hay que escribirla con una sola *p* y hacerla derivar de *napée* (2), lo cual en nada altera su origen mitológico.

El camino de las *Napes*, por donde ninguno de ustedes, mis queridos lectores, pasará probablemente jamás, porque no conduce á nada que valga la pena de empantanarse en él, es una peligrosa senda que corre al borde de un foso donde crecen, en agua limosa, las ninfeas más hermosas del mundo, más blancas que las camelias, más perfumadas que los lirios, más puras que ropajes de virgen, en medio de las salamandras y culebras que allí viven en el fango y en las flores, mientras que el martín pescador, vivo rayo de las riberas, rasa como una flecha de fuego la admirable vegetación silvestre del lodazal.

Un muchacho de seis ó siete años, montado sobre

(1) *Nappes*, en francés. — *N. del T.*

(2) *Napea*, ninfa de los bosques. — *N. del T.*

un caballo en pelo, saltó con su cabalgadura el soto que había detrás de mí, se dejó deslizar al suelo, abandonó el potro desmelenado al pasturaje y volvió para saltar el obstáculo que tan sigilosamente había salvado á caballo momentos antes.

La cosa no era ya tan fácil para sus piernecitas; le ayudé y tuve con él una conversación bastante parecida á la narrada al principio del *Expósito*, entre la molinera y el inclusero.

Al preguntarle yo qué edad tenía, cosa que ignoraba, soltó textualmente esta réplica: *dos años*. No sabía ni su nombre, ni el de sus padres, ni el de su vivienda: lo único que sabía era sostenerse sobre un caballo indómito, como un pájaro sobre una rama sacudida por la tormenta.

He hecho educar varios expósitos de ambos sexos, que han respondido á lo que de ellos se esperaba, así en lo físico como en lo moral. Sin embargo, no hay duda que esos pobres niños se hallan generalmente dispuestos, por la ausencia de educación, en el campo, á ser unos bandidos.

Confiados á gente de lo más pobre, á causa del socorro insuficiente que reciben, sirven á menudo para ejercer, en provecho de sus padres putativos, el vergonzoso oficio de la mendicidad.

¿No sería posible aumentar ese socorro y ponerle por condición que los expósitos no mendigaran, ni siquiera á la puerta de los vecinos y de los amigos?

He hecho también la experiencia de que no hay nada tan difícil como inspirar el sentimiento de la dignidad y del amor al trabajo á los niños que empezaron por vivir á sabiendas de limosna.

JORGE SAND

Nohant, 20 mayo 1852



PRÓLOGO

Volvíamos de paseo, R... y yo, á la luz de la luna, que plateaba débilmente los senderos en la campiña obscurecida. Era una noche de otoño, tibia y suavemente velada; notábamos la sonoridad del aire en aquella estación y ese no sé qué de misterioso que reina entonces en la naturaleza. Diríase que, al acercarse el pesado sueño del invierno, cada ser y cada cosa se arreglan furtivamente para gozar de un resto de vida y de animación antes del entorpecimiento fatal de la helada: y, como si quisieran sustraerse á la

marcha del tiempo, como si temieran verse sorprendidos é interrumpidos en las últimas expansiones de su fiesta, los seres y las cosas de la naturaleza proceden sin ruido y sin actividad aparente á sus embriagueces nocturnas. Los pájaros dejan oír gritos ahogados en vez de los joviales cantos del estío. El insecto de los surcos deja escapar á veces una exclamación indiscreta, pero se interrumpe en seguida y va rápidamente á llevar su canto ó su queja á otro punto de llamamiento. Las plantas se apresuran á exhalar un último perfume, tanto más suave cuanto que es más sutil y como contenido. Las hojas amarillentas no se atreven á estremecerse al soplo del aire, y los rebaños pacen en silencio sin gritos de amor ó de combate.

Nosotros mismos, mi amigo y yo, andábamos con cierta precaución, y un recogimiento instintivo nos volvía mudos y como atentos á la hermosura suavizada de la naturaleza, á la armonía encantadora de sus últimos acordes, que se apagaban en un *pianissimo* imperceptible. El otoño es un *andante* melancólico y gracioso que prepara admirablemente el solemne *adagio* del invierno.

«Todo esto es tan apacible, me dijo al fin mi amigo, quien, á pesar de nuestro silencio, habla seguido mis pensamientos al mismo tiempo que yo seguía los suyos; todo esto parece absorto en una meditación tan ajena y tan indiferente á los trabajos, á las previsiones y á los cuidados del hombre, que me pregunto qué expresión, qué color, qué manifestación de arte y

de poesía podría dar la inteligencia humana en este momento á la fisonomía de la naturaleza. Y, para definirte mejor el objeto de mi indagación, comparo esta noche, este cielo, este paisaje, oscuros y sin embargo armoniosos y completos, con el alma de un campesino religioso y sensato que trabaja y saca provecho de su labor, que goza de la vida que le es propia, sin necesidades, sin deseos y sin medios de manifestar y expresar su vida interior. Procuero colocarme en el seno de ese misterio de la vida rústica y natural, yo, civilizado, que no sé gozar por el solo instinto, y que me hallo siempre atormentado por el deseo de dar cuenta á los demás y á mí mismo de mi contemplación ó de mis meditaciones.

»Y entonces, continuó mi amigo, me afano en buscar qué relación puede establecerse entre mi inteligencia que trabaja demasiado y la de ese campesino que no trabaja lo bastante; así como me preguntaba hace un rato si la pintura, la música, la descripción, la traducción del arte, en una palabra, podría añadir algo á la belleza de esta noche de otoño que se me revela por una reticencia misteriosa y me penetra sin que yo sepa por qué mágica comunicación.

— Á ver, contesté, si comprendo bien la manera de plantear la cuestión: Esta noche de octubre, este cielo incoloro, esta música sin melodía marcada ó seguida, esta calma de la naturaleza, ese campesino que, por su sencillez, se halla más cerca que nosotros para gozar de ella y comprenderla sin describirla; reuna-